

no como si para nosotros fuese un consuelo el contradecirnos, hacernos desgraciados, vejar á los demás, destruir cuanto existe y significa orden; en una palabra, nos sentimos de tal modo solicitados contra la naturaleza, que no podemos atribuirnos á nosotros mismos ese estímulo, por convencidos que estemos de nuestra debilidad y de nuestra corrupción.

Sin embargo, ningún espíritu amante de la verdad la dejará pasar inadvertida. ¿Soy yo la causa de verme afligido por este vicio? Es el mal espíritu quien debió de haber sido la causa. ¡No! no creemos que cuantos pecados se cometen y que toda tentación al pecado procedan tan sólo de la antigua serpiente; son nuestros propios malos deseos que únicamente procura inflamar más el enemigo; ⁽¹⁾ son las pasiones descuidadas que el placer enciende, y sin cuyo auxilio es impotente. ⁽²⁾ La pereza y la inactividad de los hombres son la causa de que sea tan poderoso Satanás, ⁽³⁾ que se ha convertido en príncipe y dios de este mundo según la Escritura. ⁽⁴⁾ Y ¡cuántas veces no se le anticipa el hombre, de tal modo que sería inútil tomarse el trabajo de tentarle! ¡Cuántas veces el hombre mismo procede con sus prójimos del modo más lastimoso, siendo para ellos malo, seductor y tentador!

Luego no podemos ni debemos excusar al enemigo, ni negar su existencia y su influjo; pero tampoco debemos admitir que el hombre deba excusarse á sí mismo, y echarle la culpa más de lo que merece; ⁽⁵⁾ no debemos guardar silencio cuando se le atribuye todo el mal. ⁽⁶⁾ Debemos insistir en que el hombre reconozca y confiese que la mayor parte de las veces se tiende un lazo á sí mismo y á su prójimo. Son de temer los poderes invisibles, pero frecuente-

(1) Jac., I, 14.—Orígenes, *Princ.*, 3, 2, 2, 3. Basilio, *Reg. brev.*, 75.

(2) Prudencio, *Hamartigenia*, 55 y sig.

(3) Crisóstomo, *Ad Stagiriam*, 1, 5; *In Acta Apost. hom.*, 54, 3.

(4) Estio, *In 2 Cor.*, 4, 4.

(5) Crisóstomo, *Ad Stagiriam*, 1, 5.

(6) Gennadio Massil., *Dogm. eccl.*, 49 (al. 82). Sto. Tomás; *De malo*, q. 3, a. 5; *Summ. theol.*, 1, q. 114, a. 3; 1, 2, q. 80, a. 4.

mente es más de temer el peligro en que nos ponen los poderes visibles. Si el hombre procura siempre armarse de circunspección y de fuerza contra los peligros visibles, contra los tentadores y los seductores visibles, pronto serán los espíritus invisibles despojados de su principal arma contra él.

Tal es la verdad acerca de la significación y la influencia del espíritu malo, y tal la aplicación que debemos hacer en nuestra conducta.

7. Juicio acerca de la humanidad y de su historia, según las miras reinantes relativamente á un poder malo fuera del mundo.—Hemos hecho ya resaltar cuánto facilita la inteligencia de la historia, sacando al mismo tiempo á salvo el honor de la humanidad, esa manera de ver la cuestión; cuando no se considera el mal como constituyendo un todo con el hombre, no hay que desesperar de éste; pero cuando se llega al punto de que el hombre no crea ya en el diablo, ó hasta se piensa en poder reemplazarlo, el más negro pesimismo, la influencia secreta del diablo y la condenación del hombre son, no sólo comprensibles, sino hasta necesarios.

De considerar la vida como lo hacían persas, egipcios y babilonios; que llegaban hasta tributar honores divinos al espíritu de las tinieblas, no se puede hacer gran caso del hombre y de su historia. Seguramente no se debe á la casualidad el que haya sido el hombre tratado en el Oriente con tanto desprecio; en aquellos países, toda la historia reviste una forma que podría ser llamada diabólica más bien que humana, debiendo atribuirse á la tendencia de espíritu impresa á los pueblos orientales por las religiones dualistas. Todas ellas colocan al lado del verdadero Dios, que suponen muy alejado, un Dios de este mundo; y no hace falta decir que en la práctica ponen siempre al último más alto que á Dios, es decir, le conceden más importancia, y creen que interviene mucho más de lo que creemos en las acciones de los hombres y en los acontecimientos de la historia.

Tampoco se puede dudar de que los que niegan completamente la existencia del diablo, y afirman que sólo es un símbolo que tiene su origen en el hombre mismo, rebajan todavía más á la humanidad. Ahora comprendemos cómo pudo haber hombres que dijese que el mal formaba parte de la naturaleza humana; pues si no hay poder malo fuera del hombre, es necesario entonces imputar á éste todo el mal que en el mundo existe. Pero no, lo cierto es que se necesita evaluar la parte que el hombre tiene en el mal, y no atribuirlo todo á Satanás, y lo que no podemos admitir es que nuestra generación tome á su cuenta, sin restricción ninguna, todos los hechos diabólicos de que habla la historia. Si, para citar solo un ejemplo, pensáramos que era necesario atribuir á la humanidad sola cuantas atrocidades, crímenes, desórdenes y blasfemias profanaron los sacrificios y el culto de los babilonios, de los fenicios, de los cananeos, y de los mejicanos, ¿no nos avergonzaríamos de reivindicar para nosotros la cualidad de hombres? Pues eso mismo puede aplicarse á millares de maldades semejantes.

Para quien desee comprender la historia, es importante no sólo profesar doctrinas verdaderas acerca de Dios y del bien que en el hombre existe, sino que también le interesa apreciar debidamente el poder del mal que se manifiesta en el hombre, por el hombre, fuera del hombre. El Cristianismo nos enseña á pensar acertadamente en esos tres conceptos y á repartir proporcionalmente la culpa.

Pero los errores acerca de la verdadera doctrina hacen del mundo una montaña ó de falsa santidad ó de atrocidades, porque atribuyen todo el mal á un solo agente; sea Satanás, ó la naturaleza humana, ó el mismo hombre libre.

8. Desempeñar las funciones del diablo, último grado de degeneración del Humanismo.—Si alguien examina el estado del mundo sin tener como guía la estrella de la fe y de la caridad cristianas, se comprende que pre-

gunte si puede ser nunca bastante encarecida la culpa del hombre, y si éste deja todavía al diablo algo que hacer.

Terrible extravío es que el hombre llegue hasta rendir culto divino al espíritu de las tinieblas; pero ¿no es aun más horrible que él mismo desempeñe las funciones del diablo?

De hecho, el hombre hace ese triste oficio, y lo hace en vasta escala, con orgullo y confianza en sí mismo, con prolija deliberación. Manifiesta disgusto y horror al culto del diablo, pero desempeña las funciones de éste sin remordimiento de conciencia. Lo primero, es decir, el culto del diablo, lo deja á civilizaciones groseras ó muy refinadas; lo segundo, las funciones del diablo las desempeña por medio de una falsa civilización y una falsa cultura, por medio de numerosas instituciones y de prácticas de que no estamos poco orgullosos en la vida pública moderna. Con repugnancia tratamos esta cuestión; pero no podemos de otra manera definir completamente el espíritu del mundo que se aleja de Dios y es hostil al Cristianismo. Tocamos con esto el último extremo necesario para representar ese espíritu, la peor degeneración del Humanismo.

En lo que precede, hemos seguido punto por punto el camino que tomó; hemos visto cómo la primera separación de la eterna verdad nos imbuye cada vez más en el error; cómo la negación del pecado original, con cada nuevo paso que da hacia adelante, produce los mayores estragos en lo que la naturaleza conservó de bueno. Tampoco se puede negar ya aquí que si el Humanismo persiste en seguir su camino y no quiere retroceder, debe por fin conducir á la lucha contra todo lo que es bien. No se trata ya entonces de un extravío accidental, sino de una negación consciente de la verdad y de una seducción intencionada del mundo hacia el mismo crimen.

Julián Schmidt dice que debemos reconocer en el espíritu de seducción de la moderna literatura francesa, menos una ceguera debida á la sensualidad y á la pasión, que una astucia intelectual de seducción dispuesta con mucho

arte. ⁽¹⁾ Desgraciadamente se aplica esto, no sólo á esa literatura, sino á casi todas las modernas; no sólo á la bella literatura, sino también á la literatura sabia; y no sólo á la literatura, sino también al arte y á cada rama de la civilización.

En todas partes oímos resonar las terribles palabras de Max Stirner. ¿Escribo acaso por amor á los hombres? ¡No! Escribo porque quiero dar una existencia en el mundo á mis pensamientos. Si previese que éstos habrían de robarnos la paz y la alegría, y si viese que esta semilla habría de producir las más sangrientas guerras, la ruina de muchas generaciones, aun así la esparciría. Que hagáis de ella lo que os parezca, es cosa vuestra; nada me inquieta. Tal vez no sacaréis de ella más que penas, combates y la muerte; serán muy pocos los que obtengan satisfacción: poco me importa. Si tuviera empeño en vuestra salvación, entonces, procedería como los poderes cristianos, que miran como un deber sagrado preservar á los hombres de los malos libros. Pero no tan sólo por la verdad digo lo que pienso; no, yo canto porque soy cantor, y me dirijo á vosotros porque necesito oídos que me escuchen. ⁽²⁾

Pocos hay que hablen con tanta franqueza, pues la rectitud y la sinceridad no son precisamente el fuerte del Humanismo. Mas ¿por ventura los corifeos de la ciencia humana, los promotores de la educación y de la instrucción populares modernas, del arte libre, de la calotecnia independiente proceden conforme á otros principios? Siempre y en todas partes oímos: ¡La ciencia por la ciencia! ¡El arte por el arte! No se trata de verdad, de nobleza, de bien, de justicia. ¿Qué sucede, pues, cuando se trata del hombre? Allí está para hacer en él experiencias, como la plancha de hierro en que se quiere experimentar la fuerza de los cañones.

Pero donde ese espíritu va más lejos, es en el arte moderno y en la doctrina del arte. Se convierte en objeto de

(1) Julián Schmidt, *Gesch. der franz. Literatur*, I, 24.

(2) Max Stirner, *Der Einzige*, 394 y sig.

irrisión quien no diga con Vischer que lo bello está muy por encima de las conveniencias y del pudor: ⁽¹⁾ el que aspira á la consideración de los demás debe declarar con Carrière que sería amenguar el derecho más sagrado de la belleza pretender que observase las reglas ordinarias del decoro. ⁽²⁾ También la grosería, dice Alberti, es un medio de expresión artística muy importante, hasta indispensable; ⁽³⁾ y la señorita Marta Asmus termina con esta frase: Que lo indecoroso sea bien venido en el arte, ⁽⁴⁾ un escrito acerca de la emancipación de las leyes morales, que nada deja que desear en cuanto á crudeza.

Si esas frases son ya repugnantes en sí mismas, lo son todavía más por las razones en que se apoyan. La grosería, dice Alberti, es el objeto del arte. ⁽⁵⁾ Y en todas partes sucede lo mismo: lo que es inconveniente se celebra como autorizado, y lo inmoral como algo artístico. Al hombre se le sacrifica como víctima, y de ahí las explosiones de cólera contra los que osan pretender que se abusa del arte para seducir al pueblo; sería rebajarle á la categoría de simple medio ó de instrumento: tal designio subordina lo bello al hombre y degenera en contradicción con la naturaleza, en enfermedad, en gazmoñería hipócrita. Pecht llega hasta acusar á nuestra época de enervamiento, porque todavía no ha logrado por completo destruir las ideas humanas y cristianas de castidad pública. ⁽⁶⁾

¡Alabado sea Dios! Todavía no predominan esas doctrinas de un modo general en la literatura; pero por desgracia, se van abriendo camino para vergüenza de la civilización moderna, porque, en este concepto hemos descendido mucho con relación á los antiguos. No está ciertamente Aristófanes en olor de santidad; pero hoy se reirían de él á causa de su insípida moral de pensionado, como se com-

(1) Vischer, *Ästhetik*, I, 159, § 60.

(2) Carrière, *Ästhetik*, (1) II, 141.

(3) Alberti, *Natur und Kunst*, 141.

(4) *Gesellschaft*, 1894, X, 301.

(5) Alberti, *loc. cit.*, 142.

(6) Pecht, *Die Kunst für Alle*, I, 143 y sig.

placen en decir, porque se expresa del siguiente modo: «El poeta debe callar lo que es infame, y no producirlo, no presentarlo en escena. El maestro instruye á la infancia y el poeta á la edad madura. No debemos adoctrinar más que en el bien». ⁽¹⁾

El mismo Ovidio no se libraría de las burlas, porque se atrevió á decir: «Es, sin embargo, la diversión de las jóvenes ya crecidas, de las mujeres, de los hombres, de los niños, y los más de los senadores también asisten. No basta que palabras incestuosas manchen los oídos, y los ojos se familiaricen con la impudicia: parece que la escena tenga este privilegio y autorice todos los caprichos de la licencia». ⁽²⁾

9. Obras y hombres diabólicos.—Gustan hoy de ver en cada palabra de este género una especie de odio ciego contra la civilización de los tiempos modernos, y se reprocha á quien habla de la influencia malsana de la literatura y del arte en esta época que pretende hacer creer que toda la civilización es obra del diablo; pero se puede muy bien considerar la civilización como un gran bien de la humanidad, y admitir que hay en ella una buena parte de la naturaleza humana que ningún error y ningún esfuerzo pueden destruir completamente. No obstante eso, hay demasiadas producciones debidas á la pluma, al cincel y á los pinceles, á los cuales pueden aplicarse estas palabras de Milton: ⁽³⁾ «Salen del Pandemonium, la gran capital de Satanás y los suyos».

No es Satanás quien hizo esas obras, sino los hombres quienes trabajaron en su lugar; y puede estar satisfecho de lo que hacen. Cuantas veces aparece una de esas obras, puede decirse con Puschkin: «Subió del abismo infernal un sombrío demonio de la rebelión; el espíritu de seducción y de blasfemia». ⁽⁴⁾

Es para nuestro tiempo una vergüenza que haya toda-

(1) Aristófanes, *Rane*, 1053 y sig. Cf. Strabón, 1, 2, 3. Máximo Tyr., 10, 1.

(2) Ovidio, *Trist.*, 2, 501 y sig., 517 y sig.

(3) Milton, *Paraiso perdido*, I, 756 y sig.

(4) Scherr, *Bildersaal der Weltliteratur*, III, 244.

vía necesidad de justificarse relativamente á tales expresiones: en este concepto eran más sinceros los antiguos, aun los paganos. En su juventud, el filósofo cínico Metrocles había desempeñado también esas funciones diabólicas; pero más tarde, cuando llegó á ser hombre sensato, quemó sus propios escritos pronunciando estas palabras: «Sueños, ilusiones del infierno». ⁽¹⁾ Lo mismo pensó hacer Boccaccio cuando, en avanzada edad, sintió haber escrito la obra que en todos los países conocen de aquel autor. ⁽²⁾

En este concepto nos hemos hecho más insensibles que en la época de nuestros estudios, como consecuencia de nuestro largo trato con esta clase de asuntos; si no hubiéramos llegado á ese punto, advertiríamos bien que hay en las obras de arte, en la literatura, y por consiguiente, en los principales medios educativos, una sutil é intensa fuerza de perversión. Espíritus nobles y delicados juzgan en esta materia con más severidad que nosotros. El Lancelot de la Edad Media, que nos parece casi inofensivo en comparación de tantas otras obras, daba tanto que reflexionar á Dante, que le atribuía la pérdida de Francisca de Rimini y de Pablo Malatesta. ⁽³⁾ Fácilmente se puede comprender entonces cuál sería el juicio del insigne poeta respecto á tantas llamadas obras de arte que esparcen por el mundo gérmenes de muerte mucho más peligrosos. Freiligrath evidentemente se excede cuando habla de la poesía; pero si se considera que conocía poco del verdadero bien que existía en los tiempos antiguos, y que sólo tenía á la vista lo que especialmente alimenta la civilización de nuestra época, se comprende cómo pudo llegar á este juicio terrible: «Siempre fué una maldición la llama de la poesía. El poeta marcha solitario con la frente flameante entre sus contemporáneos: la señal de la poesía es una marca de Caín». ⁽⁴⁾

(1) Diógenes Laert., 6, 95.

(2) Ruth, *Gesch. der ital. Poesie*, I, 583 y sig. Kœrting, *Gesch. der ital. Literatur*, II, 447 y sig.

(3) Dante, *Inferno*, V, 124 y sig.

(4) Freiligrath, *Gedichte*, (10) 321.

Repetimos que este juicio es demasiado severo; pero son responsables los que lo provocaron, y desgraciadamente son muchos más de los que deberían. No sólo entre los poetas, sino también entre los pensadores, los artistas, los maestros, los educadores, en una palabra, entre cuantos en sus manos tienen la expansión de la civilización se encuentra siempre, y con frecuencia son nombres célebres, á quienes aplicar estas palabras de Shakespeare: «Este hombre disfrazado con un exterior de santidad, cuya palabra austera y rostro frío hielan la sangre de la juventud, hacen palidecer sus rosadas mejillas, y tienen consternados de espanto sus risueños deseos como la paloma trémula ante el azor, ese hombre es un demonio». ⁽¹⁾

Con amargo dolor escribimos estas palabras: se nos parte el corazón cada vez que citamos tales juicios, pues tememos siempre herir á alguien. Además, nos sentimos también heridos por la humanidad de que formamos parte, cuando uno ú otro de sus miembros es tratado con tal dureza; pero no podemos hacer otra cosa si hemos de salvar el honor de la verdadera humanidad. Si en un cuerpo enfermo se quiere salvar los miembros que pueden ser curados, hay que cortar los atacados por la gangrena; respetarlos sería perder á los otros.

Pero en el caso presente están las cosas de tal suerte, que ni aun se sabe si aquellos á quienes concierne, lo mismo que sus admiradores, no se consideran muy honrados cuando se les llama servidores y compañeros del mal. Ludmilla Assing dice del príncipe Pückler Muskau que solamente consideraba á los maridos como una decoración cómica, y confesaba más tarde con orgullo, hablando de sí mismo, que no tenía en esas cosas conciencia alguna, pues las seducciones pertenecen á los goces diabólicos del hombre distinguido. ⁽²⁾

Goces diabólicos, hombres diabólicos; es la verdadera palabra. Robar á los demás la paz del alma, la pureza del

(1) *Medida por medida*, III, 1.

(2) Janssen, *Zeit und Lebensbilder* (2), 106.

corazón, la seguridad en las convicciones religiosas; tal es la obra de Satanás, y por esta razón el Humanismo alaba á sus héroes y éstos se alaban á sí mismos. ¿Somos entonces injustos con ellos?

Sí, se alaban, pero no se sienten satisfechos. De su genio benéfico, de su amigo Carlos Augusto, cuenta Goethe que tenía en sí algo de diabólico, y que se hacía intolerable hasta para sí mismo cuando ese algo diabólico no le dejaba. ⁽¹⁾ Á Goethe mismo le daba mucho que hacer lo diabólico que en él había, y no estaba poco orgulloso de encontrarlo tan vivaz; ⁽²⁾ parece, sin embargo, haberle tenido miedo en algunas ocasiones, y entonces se expresa en estos términos: «Lo diabólico es muy terrible cuando predomina en alguien; no hace siempre más perfectos á los hombres por el ingenio ó por el talento, y raras veces los hace recomendables por la bondad de su corazón. Pero constituye una fuerza gigantesca que parte de ellos y les permite ejercer un poder increíble sobre todas las criaturas. Nada pueden contra ellos las fuerzas morales reunidas, y es inútil que los hombres más sensatos pretendan hacerlos sospechosos como engañados ó como engañadores; ellos atraen á la muchedumbre. Sólo pueden ser vencidos por el Universum mismo, con el cual tienen entablada la lucha». ⁽³⁾

Es imposible expresar mejor la verdad. El Humanismo se apartó de lo verdadero y de lo bueno; cuanto más se propaga, más se convierte en una lucha contra el Universum, contra el bien, contra la verdad, contra el orden y contra toda la obra de Dios. Es la misma lucha que la entablada desde el principio por el espíritu del mal, resultando así aún por modo involuntario la misma alianza en el mismo combate, y de esa manera también la misma suerte en el éxito inevitable. Satanás en otro tiempo sucumbió en su lucha contra la luz; su auxiliar más débil, el Humanismo, tampoco vencerá.

(1) Dietzmann, *Goethe und die lustige Zeit in Weimar*, 35 y sig.

(2) Eckermann, *Gespräche mit Goethe*, (3) II, 198 y sig., 62.

(3) Goethe, *Dichtung und Wahrheit*, ch. 20.